



Las preocupaciones historiográficas de Anderle coinciden, en gran medida, con las de Alberto Flores Galindo. Por eso *El Caballo Rojo* aprovecha el paso por Lima del historiador húngaro para invitar a los dos estudiosos a discutir sus puntos de vista. Una taza de café, una grabadora y la mejor disposición a entrar en materia. ¿Sobre qué? Naturalmente, sobre la común preocupación por los movimientos sociales y políticos de los años 20 y 30 y por el significado de la revolución de Túpac Amaru. ¿Qué relación encuentran entre estos dos momentos de nuestra historia?

LA ACTUALIDAD DE TUPAC AMARU

Adám Anderle. Yo comenzaría por otra pregunta: ¿por qué estudiamos hoy los años 20 y 30 de nuestro siglo? Y respondería diciendo que la razón está en que en esos años la reflexión sobre la realidad peruana —con Mariátegui y Haya de la Torre, Víctor Andrés Belaúnde y José de la Riva Agüero— alcanzó su más alto nivel. Y digo "más alto nivel" también en comparación con las discusiones de entonces en América Latina. Es en el Perú en donde las corrientes ideológicas de la época encuentran sus mejores exponentes. Me parece que, en gran parte, los problemas debatidos en esa época no están todavía resueltos.

Flores Galindo.— ¿Sería esa la razón de la vigencia actual de las preocupaciones de los años 20?

A.A.— Sí, pero pienso también que la intelectualidad de hoy, al recoger la herencia de esos años, lo hace desde una perspectiva diversa y con una metodología más seria. Creo, pues, que la generación actual va a superar a la de los años 20. Esta es mi hipótesis y mi esperanza.

El Caballo Rojo.— Volvamos a la pregunta inicial: ¿Por qué tuvo esa actualidad la cuestión de Túpac Amaru en los años 20 y 30 y ya vuelve a tener hoy? Pues parece que hubiese tres momentos cumbres en la historia de nuestra ideología: el final del XVIII con Túpac Amaru —está, además, el *Mercurio Peruano* y los ilustrados "amantes del país"—, los años 20 y 30, y hoy.

F.G.— La bibliografía sobre la revolución de Túpac Amaru en la época de Mariátegui no fue especialmente abundante, pero el significado de esa revolución estuvo muy presente tanto en Mariátegui como en Haya de la Torre. Creo que el punto de partida que los remite a Túpac Amaru es múltiple. Por un lado, la preocupación por el problema nacional; por otro, la preocupación por el problema campesino. Y además, el hecho evidente de que ellos viven, como Túpac Amaru, en un momento de encrucijada, de crisis, de paso de un periodo a otro y en el que estallan también movimientos campesinos,



Adam Anderle, Flores Galindo y nuestro moderador.

Mariátegui, Túpac Amaru y la revolución

José Ignacio López Soria

Dos libros y varios artículos constituyen la producción latinoamericana del historiador húngaro Adám Anderle. El primero de los libros versa sobre las luchas de independencia de los indígenas peruanos al final del coloniaje, y el segundo sobre el movimiento antiimperialista en el Perú entre las dos guerras mundiales. Este último, que pronto veremos en Lima, ha sido galardonado con el "Premio Mariátegui" por la Casa de las Américas en 1981. Además del estudio, ya publicado y pirateado sobre el aprismo en Cuba en los años 20 y 30, Anderle tiene en prensa un grueso volumen sobre el movimiento obrero latinoamericano.

sobre todo en las zonas de Cusco y Puno, que van a contribuir al deterioro del sistema servil de las haciendas. Les preocupa, pues, un problema que se había planteado en los días de Túpac Amaru: ¿es o no posible una revolución campesina? Y veían en Túpac Amaru un intento de respuesta a esta interrogante.

REVOLUCIÓN BURGUESA TEMPRANA

—Anderle asiente con Flores Galindo, pero añade un nuevo enfoque del tema. Para Anderle, la revolución de Túpac Amaru fue el primer intento en el Perú de poner en marcha un desarrollo autóctono independiente y libre. Se había ido formando en la sierra sur del Perú un embrión de desarrollo capitalista temprano que constituye los intereses que están detrás del movimiento tupacamarista. La competencia inglesa y las estructuras coloniales mataron en germen dicho embrión. Por eso ve Anderle en la revolución de Túpac Amaru un símbolo —para

el Perú y para toda América Latina— del proceso autóctono independiente. Flores Galindo no está ya tan conforme. "Lo que tú planteas —replica— llevaría a pensar la revolución de Túpac Amaru en términos similares a los de una revolución burguesa en Europa".

A.A.— No exactamente, porque hay que comenzar diciendo que en Europa hay varios tipos de revolución burguesa. La revolución de Túpac Amaru (y conste que digo revolución y no sublevación) no es semejante a la revolución francesa ni a la inglesa; habría que compararla, más bien, por ejemplo, con la guerra de los campesinos en Alemania que era una revolución burguesa temprana. Y hay que subrayar el último término: temprana.

F.G.— Bien, digamos una variante de la revolución burguesa, la revolución burguesa temprana tal y como lo plantea Engels a propósito de las guerras campesinas de Alemania. Pero este razonamiento puede hacerle a uno caer en trampas. Se cae en anacronis-

mo al proyectar cosas del presente al pasado y además se comete un desfase espacial al proyectar ciertas categorías elaboradas para la historia europea a la historia de América Latina. Y digo esto porque no podemos olvidar que la revolución de Túpac Amaru, aunque pretendió poner en marcha un cambio sustancial del orden establecido, quiso también explícitamente restablecer la monarquía incaica, claro que una monarquía sui generis porque en ella cabían no sólo indios y mestizos sino criollos y negros, es decir, todos los que no fueran españoles. El liderazgo de esa monarquía lo tendría la aristocracia indígena que había sobrevivido a la Conquista y se había mantenido, de manera agonica a veces y a veces con esplendor, durante los siglos XVII y XVIII.

A.A.— De acuerdo, pero la restauración del Tawantinsuyo era en Túpac Amaru un revestimiento ideológico. Lo que interesa son los contenidos ocultos detrás de la fórmula monárquica

y lo que se ocultaba detrás de ella eran los intereses hegemónicos de los curacas. Pero Túpac Amaru propicia una política de alianzas con los criollos, incluso con los hacendados criollos y con todos los nacidos en el Perú. Por eso digo que Túpac Amaru es el primer político moderno, porque piensa en un Perú integral. En Túpac Amaru hay también influencia francesa, de la Ilustración, y además una experiencia en el comercio moderno. Evidentemente Túpac Amaru es un curaca, pero un curaca muy moderno.

F.G.— Yo diría que es más bien una persona a caballo entre dos mundos, con un pie en la modernidad y otro en la tradición (Claro, interrumpe Adám, la tradición es su fuerza). Pero, además, hay que distinguir entre las intenciones de Túpac Amaru y lo que en definitiva termina ocurriendo, que no depende tanto de lo que quieren los líderes sino de lo que acaban realizando sus seguidores. Y lo que sus seguidores —básicamente campesinos indígenas de comunidades, arrieros, artesanos del Cusco; para limitarnos sólo al espacio peruano— acaban realizando fue algo que torció por completo los propósitos de Túpac Amaru. Acabaron realizando una revolución indígena y campesina que quería regresar al Tawantinsuyo, pero imaginado éste como una sociedad igualitaria en la que no existirían ni criollos ni mestizos ni negros. Es decir, desarrollaron un racismo al revés.

—Adám interrumpe para señalar la existencia de dos corrientes en el movimiento: una pluralista y de alianza con los criollos, que defendía Túpac Amaru, y otra campesina, bastante "sectaria" e indígena. Se trata de dos alternativas de desarrollo agrario, una en función de los intereses de los curacas y los hacendados criollos, y otra en función de los intereses de las masas indígenas. Si, intereses contrapuestos —añade Flores Galindo— cuya inadecuada articulación constituye precisamente la debilidad básica de la revolución de Túpac Amaru. Adám ve en el concepto integral de nación y en el intento de resolver el problema de la tierra la mejor herencia de Túpac Amaru y la razón de su vigencia en la época de Mariátegui y ahora. Flores Galindo pone más bien esa herencia en la manera de encarar el problema de la cultura indígena. El triunfo de la revolución de Túpac Amaru habría significado, en su opinión, la implantación del quechua como idioma oficial, la elevación del Cusco a capital del Perú, la hegemonía de la aristocracia indígena y el despliegue de las manifestaciones de la cultura indígena. Pero la revolución fue derrotada y nuevamente, como en el siglo XVI, la cultura indígena pasó a ser una cultura a la defensiva. A comienzos de nuestro siglo esta cultura soporosa un embate más fuerte. Ahora es el desarrollo capitalista tratando de desarraigar a los

campesinos y de uniformizar la cultura en el Perú.

MARIATEGUI Y LA INTERNACIONAL

La discusión podría seguir por horas, pero los lectores de *El Caballo Rojo* saben que Adám Anderle y Alberto Flores Galindo coinciden también en la preocupación por los problemas del surgimiento del movimiento comunista en el Perú y que ambos han estudiado las relaciones entre este movimiento y la Internacional Comunista o Tercera Internacional. De Flores Galindo se conoce su libro "La agonía de Mariátegui" en donde aborda directamente este tema. Y de Adám Anderle conocemos pronto el libro que le publica la Casa de las Américas sobre este problema: ¿Qué pasa, pues, con estas relaciones? ¿Qué hay de la discusión entre Mariátegui y la Internacional? ¿Qué significó la presencia directiva de Ravines en el movimiento comunista peruano?

A.A.— Lo primero que diría es que en los años 30 y 40 de nuestro siglo todas las corrientes ideológicas y políticas peruanas, y no sólo el Partido Comunista, pierden la perspectiva y la sensibilidad para entender los problemas del país. Esta pérdida es, pues, un fenómeno general en el Perú en esos años. ¿No les parece?

F.G.— Bueno... creo que lo característico del pensamiento de Mariátegui fue el intento de articular la reflexión marxista con la cultura andina, y entiendo aquí la cultura en el más

amplio sentido del término. Por ejemplo, a Mariátegui le preocupa qué papel puede desempeñar la comunidad indígena en la construcción del socialismo en el Perú. No entro a discutir si las conclusiones a las que llegó Mariátegui fueron o no correctas, tampoco si tendrían hoy vigencia o no. Lo que me interesa es la perspectiva en el razonamiento del problema. Y esa perspectiva muere con Mariátegui. Se produce una escisión entre marxismo y cultura andina, me refiero al marxismo como organización. La organización de los comunistas peruanos, imbuida de un marxismo terriblemente dogmático, prescindió en la práctica de atender a las preocupaciones que nacían del mundo indígena y del mundo campesino. Claro que hubo excepciones y variantes en este panorama de despreocupación por lo indígena.

El Caballo Rojo.— Pero vamos al problema de la relación con la Internacional. ¿Qué relación hubo entre Mariátegui y la Internacional y luego entre el Partido Comunista y la Internacional?

F.G.— El punto de partida es el siguiente: para Mariátegui, si bien la revolución era un fenómeno mundial, no había un centro desde el cual la revolución tuviese que desarrollarse en el mundo; la revolución podía tener varios centros puesto que no había una historia universal ni una cultura universal. Lo que definía la historia universal era la pluralidad de situaciones y eso mismo debería definir a las revoluciones. Y co-

mo no había un centro al que hubiera que subordinarse y del que hubiese que esperar las teorías y las consignas, era necesario crear; por eso el marxismo era una "creación heroica" que debería nacer de una cierta tradición nacional. Para Mariátegui nuestra tradición nacional estaba fundamentalmente constituida por elementos indígenas y campesinos. Al morir Mariátegui el Partido Comunista asume el postulado de la Internacional de que hay un centro de la revolución.

CLASE CONTRA CLASE

A.A.— Quisiera referirme primero a algo anterior: ¿qué influencia tuvieron las ideas comunistas de los años 20 en Mariátegui? ¿Por qué no preguntamos qué influencia positiva tuvo el Komintern en el desarrollo intelectual de Mariátegui? Pero hay más, durante la crisis económica mundial el movimiento comunista, con Ravines y sin Ravines, siguió una línea sectaria. Yo pienso que sí hubo diferencias entre Ravines (y el Partido Comunista Peruano) y la Internacional. Y sobre el soviét; hay que aclarar, Alberto, que en Morochocha, lo mismo que en Cuba y en El Salvador y en otros lugares, no sólo los líderes—Ravines entre ellos— quisieron implantar soviets, lo quisieron también las masas de obreros, es decir, la implantación de soviets obedece a una atmósfera de lucha obrera durante la gran crisis económica mundial. En esa época muchos obreros y lu-

chadores pensaban que había llegado el momento de la revolución mundial. La creación de soviets obedecía a esta creencia. A lo que voy es a lo siguiente: no se trata de culpar a Ravines o a la Internacional de desarrollar una política sectaria. De lo que se trata es de advertir que en esos años las condiciones de la lucha de clases, también en el Perú, eran muy duras, se trabajaba en la ilegalidad y no había tiempo para meditar a fondo sobre los problemas. Creo que es un simplismo reducir la explicación a los errores de Ravines o de la Komintern. Me pregunto, por ejemplo, qué relación pudo tener Ravines con Moscú en este ambiente de ilegalidad y clandestinidad. Pienso que no tuvo ningún contacto directo. En cualquier caso creo que hay que estudiar el movimiento comunista en cuatro niveles: regional, nacional, continental e internacional. Y hay que analizar con cuidado las diferencias, los debates y las contradicciones entre estos niveles. Es sabido, por lo demás, que el buró de Buenos Aires, a través de Alberdi, y la Komintern, a través de Lossowski, critican a Ravines.

F.G.— Lo cierto es que Ravines trae al Perú la táctica de la lucha de clase contra clase que es, sin duda alguna, una directiva de la Internacional y que significa un cambio sustancial de los procedimientos seguidos por Mariátegui.

A.A.— Pero esa táctica traída por Ravines encuentra eco en las masas.

F.G.— Naturalmente no todo

se reduce a calco, si esa táctica penetra es porque existían las condiciones para ello. El problema está en que el Partido Comunista Peruano es muy débil, nada creativo, arrinconado por partidos rivales más fuertes. Y esa debilidad lo obliga a seguir más de cerca los planteamientos de la Internacional. Si las tesis de Ravines encuentran eco en el Perú es también porque hay sectores obreros pauperizados por la crisis y desesperados. Estos sectores, los mineros, por ejemplo, acogen la tesis del soviét, predicada por Ravines, pero la entienden de otra manera, no piensan que el soviét sea la célula embrionaria de la revolución, el mecanismo de poder directo de las masas, sino lo entienden como un mecanismo para salir de su condición de obreros y volver a ser campesinos. Lo cierto es que el Partido Comunista queda debilitado y que aprieto y sanchezcerismo copan la escena política. En este fracaso del partido hay una responsabilidad de Ravines, como la hay también de la Internacional puesto que Ravines seguía las directivas de ésta. Sería ingenuo e irreal echar toda la responsabilidad exclusivamente a Ravines. Hay necesidades internas que condicionan esa táctica. Pero es igualmente erróneo eximir de responsabilidad a la Internacional.



Hace poco nuestro árido lagarto se mandó un puyazo (o puyacito, no más, cuasi sin ruido), contra los cantores que utilizan a conocidos poetas para adosarles su música y "popularizar" así versos que, creo que decía más o menos, deben conocerse por sí mismos. Como es casi mortal reñir con Azabache, opino lo contrario, pero de antes, no por llevarle la contra ni buscar polémica. El sabe más de poesía. Pero quizás no ha descubierto el placer de descubrir a un gran poeta tarareando una canción. Y así lo han hecho miles de personas que ¿habrían llegado al poeta solas?, quizás, pero seamos sinceros, probablemente no. ¿Es que Serrat le ha hecho un favor a Antonio Machado? Probablemente fue al revés, pero Machado no puede quejarse—Serrat tampoco— y exceptuando los luchadores por los fueros de la poesía, nadie, y si felicitase mucha gente que canta por ahí aquello de que "¡Caminante no hay camino!". Ved: he visto muchos, o algunos, niños cantando estas cosas, ¡en plena era de "Mendudo"! mucho antes de que pudieran dedicarse a leer el verso escrito. ¿Y para qué sirve? Ah, decía Onetti en alguna parte: ¿Qué más quisiera yo que escribir para el pue-

Poemas y canciones

Amalia Sánchez

blo! Pero podemos olvidarnos de los nombres célebres que firman los versos vueltos letra de canción. Si no supiéramos de quién se trata —y eso le pasó a mucha gente: una muchacha dijo, ojeando por vez primera un libro de Miguel Hernández: "Ah, es el que le hace las letras a Serrat"— diríamos: ¡qué bien, una canción con letra! (porque no le podemos llamar así a la abrumadora cantaleta, no la de corazzones destrozados y perversa pérdida malvada, sino a la supuesta "poética" de juglares dízque serios).

Así, con la ignorante inocencia, escuchó mucha gente embelesada por primera vez a estos dos grandes que el catalán popularizó en un fenómeno de repercusiones únicas (porque también está Paco Ibáñez con Góngora, Quevedo y García Lorca, y con Gabriel Celaya, Blas de Otero y Rafael Alberti, porque este Paco es bien amplio, y en Francia, Ferrat con Aragón, y Mikis Theodorakis con George Seféris en Grecia y Soledad Bravo ape-

lando hasta al Martín Fierro). Porque todos estos, y algunos más, debido a las limitaciones no tan inocentes de los medios de comunicación quedan (y a veces lo merecen) para una minoría que viaja y escucha, conoce y compra, pero Joan Manuel Serrat, no se sabe bien por qué, incluyendo publicidad, pinta y alguna mala película, logró uno de esos extraños fenómenos de comunicación hispanoamericana llegando a convertirse en el cantor de habla española bueno, que logró más trascendencia. ¡después de Carlos Gardel! (excluimos a los Rafaelés, Manolos y Julios— buenos o malos, pero de corta vida. Y circulación restringida a la masa media —aunque en Hispanoamérica lo de media sea bien relativa—, sin poder llegar a captar ni a los extramuros de la inteligencia). Claro que Serrat no inventó la pólvora —tampoco "Los Panchos" inventaron el bolero—; se limitó a hacerla explotar con propiedad. Pero qué buena propiedad: después de haberla escuchado un millón trescientas

cincuenta mil veces, las "Nanas de la cebolla" me parece la más hermosa canción de cuna que haya oído en mi vida, y pienso: la más hermosa canción de cuna, no el más hermoso poema sobre canción de cuna.

Porque, digo, ¿por qué está decretado que haya una línea divisoria entre canción y poema, entre buena música y buena letra? ¿Lo entendían así los viejos juglares? Olvidándonos de autorías, es un alivio escuchar esa conjunción notable de lo que se dice con el cómo se dice. ¿O la poesía no es para escuchar?

Hace años, Alfredo Zitarrosa, entonces joven cantor y todavía periodista, entrevistó a Atahualpa Yupanqui. El viejo maestro, compositor de todas sus músicas y todas sus letras, no me acuerdo con qué palabras, aconsejaba al novel compositor que era Zitarrosa que recurriera a los buenos poetas orientales, si tenía dudas sobre la efectividad de lo propio. Para qué inventar malo, si hay tanto

bueno hecho, decía más o menos el mítico antecesor del canto social, la poesía social y cuantas socialidades por esta América marchan. Cierzo que Atahualpa, en la cima de su consagración, podía estar con su pizca de soberbia frente a los tanteos, que por serlo, no siempre dan buenos resultados, sin dejar por eso de ser impresionables. Pero su razón no le faltaba, y lo prueba tanto acatado rebosante de buenas intenciones y escasa vigencia como cualquiera puede encontrar en las colecciones de discos de los amantes de la canción (y muy especialmente, las que tienen que ver con el "nuevo canto", la "canción protesta", y todas esas cosas).

¡Ah, los que como George Brassens, Yupanqui, Ramón, y también Serrat y aquí en Lima, Chabuca Granda pueden ser, siempre o circunstancialmente, sus propios poetas, manteniendo una línea, trayectoria y personalidad! Pero, por lo menos, todo el mundo sabe. Pese al refrán, lo que importa no da, los poetas prestan. Hay tanta buena música que es preferible escuchar en inglés para no enterarse de lo que dicen. Nada excesivo, ni totalitario: no asesinar poetas. Si tomar la belleza allí donde se encuentra (aunque me parezca Azabache).